

CARLOS SISI

GUERRERO



LA LLAMA EN EL VIENTO



ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

minotauro

CARLOS SISÍ

GUERRERO

minotauro

Guerrero

© Carlos Sisí, 2023

© Del diseño de cubierta e ilustraciones, Tomás Hijo, 2023

© De la tipografía utilizada en los títulos de interior, Iginio Marini, 2018

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1484-4

Depósito legal: B. 2443-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

CAPÍTULO I



Necronautas a orillas del Fordo Azul

El amanecer en Umbralia olía siempre a sal marina, a alga secándose en la orilla, a marisco, y el aire era tan húmedo y fresco que podía cuartear el pulmón de un hombre cuando abandonaba su choza y salía al exterior.

El paisaje casi siempre incluía a mujeres que faenaban en sus botes de casco trincado, a menudo con *copote* caliente en el estómago (que era una sopa espesa de pescado y harina que tomaban antes de lanzarse al mar). Cuando volvían a sus hogares lo hacían con aromas profundos a océanos entretejidos en las ropas, los cabellos mojados, y cuando recibían los besos y las carantoñas de su progenie, sus mejillas sabían a mar y a sal.

Mas esa mañana no había botes cabalgando el oleaje suave, ni siquiera los más pequeños, construidos con tablones sencillos calafateados. Las gaviotas, que por lo común se disputaban los restos de pescado con los albatros y otras aves, daban vueltas por el aire y por tierra preguntándose quizá qué ocurría aquella mañana, y lo que ocurría se dejaba ver de vez en cuando en algún claro fortuito a través de la bruma cenicienta que se arrastraba lánguidamente por la playa: restos humeantes de alguna fogata y los pasos apresurados de los hombres que se movían de un lado a otro, el corazón latiendo con fuerza en sus pechos; carros y bultos, fardos apilados, improvisados armeros contruidos con toscas ramas que mostraban manguales, rompecabezas,

mazos de cadena, espadas y espadones tan grandes y pesados que un hombre fornido se veía obligado a esgrimirlos con ambas manos. Perolos, calderos y cacerolas con guisos o restos de cocido, barriles con salazones, verduras, legumbres y grano, y otras muchas cosas. Preparativos para la guerra.

Lurdun Bavastro, que no había conseguido pegar ojo más que unos instantes, miraba hacia los riscos donde una almenara oscura dormía sin dar señales. Sus grandes bigotes dorados se movían al viento como si quisieran escapar del rostro.

—¡Buen día a ti también, Lurdun! —dijo, inesperadamente, una voz a su lado.

Lurdun se volvió dando un pequeño respingo.

Se trataba de Enca Fendor, por supuesto, erguido cuan largo era, y por cierto que era más alto que un hombre con el brazo extendido hacia el cielo. Una mugrosa piel de zorro decoraba sus hombros anchos. Soltó una carcajada cuando vio el espaviento de sorpresa de su amigo.

—Por los vientos abrasadores de Ducarta —soltó después de reír un rato largo—. ¡Que la promesa cierta de la guerra te tenga a ti con el cuerpo como el de un pececillo trabado en la red!

—Ave de mal agüero —susurró Lurdun apretando los dientes—. ¿Qué mal reconcomio te trae por este lado de la playa?

—No te apures —dijo Fendor sonriendo—, que no vengo a malmeter en tus cuestiones, pues son solo tuyas y no tengo yo que ver... ¡ni acaso quisiera!

—Pues más te vale —soltó Lurdun—, que ya tengo yo con lo mío. ¿Qué me quieres, entonces?

—Saca barriga y toma aire, hombretón —dijo Fendor—, que solo acudo a saludarte... ¡Y ver si has dormido algo, por cierto, antes de que las cosas se tuerzan!

Lurdun sacudió la cabeza con parsimonia.

—¿Y se torcerán? —preguntó, más para sí mismo que para su compañero—. Que por tres días y tres noches nos tienen aquí apostados sin que se vea señal alguna de que esas comadreas de Lastas y Malenas vayan a acudir a la cita.

Fendor se miró ambos pies, se sacudió la arena húmeda de las botas, y se rascó el cuello pensativo.

—Se diría que es peor la espera que una hoja de acero quebrándote el corazón, ¿no es cierto? —dijo.

—No diría yo tanto ni tan deprisa —respondió Lurdun—. Pero sí. Algo tiene la espera que también te mata por dentro.

Miró alrededor. Los hombres iban y venían ocupados en mil quehaceres. Movían armas de un lado a otro, arrastraban fardos de paja, odres, acarreaban palas o maderos para fortalecer las defensas, y se ocupaban de otras cuestiones. Los fardos y los bultos se movían de un lado para otro una mañana, y de otro lado para uno a la mañana siguiente, pero mantener a los hombres ocupados era una buena decisión. Como Lurdun decía, la espera podía ser peor que la guerra.

—Pues si no vienen..., ¿qué haremos? —susurró Fendor.

—Habrá que ir a Cuernabaja y descubrir qué se ve desde allí. No sé cuántos hombres traerá la sabandija de Salacio, pero entre cincuenta y ochenta, me calculo yo; y supongo que algunas mujeres, si lo que dicen de sus tratos es cierto.

Fendor asintió, lúgubre.

—Te digo que esos hombres —continuó diciendo Lurdun en voz baja, señalando con un gesto vago hacia delante— no aguantarán mucho más así como estamos. Están inquietos y alerta desde que sale el sol hasta que vuelve a salir, duermen poco o nada, están lejos de sus familias y ni siquiera les dejamos beber más que lo que quepa en un pichel. Dime entonces, ¿qué estamos cultivando aquí, en esta playa?

—Problemas —respondió Fendor—. Eso seguro. ¿Y entonces?

—Pues entonces pídele a Mudor Cenador que cabalgue en su caballo hasta Cuernabaja, y que en ello preste cuidado pues Salacio puede tener espías y exploradores apostados casi en cualquier parte, y sus arqueros quebrarán su cabezota con un solo flechazo así galopara como el viento. ¡Y que en llegando allí, mire! Cincuenta u ochenta hombres no caminan en silencio por estos lugares, y aunque mantuvieran sus bocas cerradas y aten pieles de ovejas a sus pies, mucho polvo del camino será levantado, y frotarán sus cuerpos y ropas con los arbustos y olerá a romero y a espliego a cuatrocientos pasos alrededor. Que mire, que vuelva y nos cuente.

Fendor asintió.

—¿Y si no hay rastro de Salacio? —preguntó.

—Pues si no hay rastro de Salacio, entonces habrá que preguntarse... —dijo en voz baja, pasándose la mano por los bigotes, los ojos entrecerrados.

—¿Qué te preguntarás?

—Pues bien —susurró Lurdun despacio—, habrá que... preguntarse... ciertamente...

Fendor esperó un tiempo, mas luego puso los brazos en jarras y adelantó la cabeza, enfadado.

—¡Suelta esa lengua, Lurdun, pececillo! ¡Que por las piedras y los bichos que viven debajo estás consiguiendo inquietarme!

Lurdun se puso repentinamente en pie.

—¡Que me den con un canto en el hocico hasta que de dientes no me quede uno! —protestó—. ¡Estoy pensando, si sabes qué es eso!

Fendor permaneció en silencio entonces, el rostro mohíno.

—Pues bien —exclamó Lurdun después de un rato—. Me cabe pensar... pues ese Salacio es una perra taimada y tiene más veneno en las tripas, la lengua y las entendederas que una serpiente verde... si no nos habrá convocado aquí para resolver nuestra disputa y habrá... habrá tomado otro camino después.

—¿Otro camino? —preguntó Fendor, confundido—. ¿Qué otro camino? No hay ningún otro camino hacia aquí desde el valle?

—Aquí, en la orilla del Fordo Azul... —siguió diciendo Lurdun, pensativo—. Aquí, cerca del mar, cuando ellos no tienen barcos ni necesitan de ellos...

—Explícate —pidió Fendor.

—¡Usa tu cabeza para algo más que para llevar cabellos en ella! —soltó Lurdun—. Y pregúntate: ¿por qué aquí?

—¿Aquí? Mil millones de ortigas punzantes —exclamó el otro—. Pues no lo sé, pececillo pensador. Es aquí porque aquí acordamos que sería... ¡Tú estuviste de acuerdo!

—Escúchame bien con esas orejas —repuso Lurdun—. Estuve de acuerdo porque nuestros hombres se han criado aquí, han entrenado aquí, aquí corren de lado a lado para fortalecer el cuerpo, aquí crecen, aman y mueren. Y eso nos da una ventaja. Es lo que pensé. Estuve de acuerdo porque sus hombres encontrarán este suelo demasiado blando, y serán torpes moviéndose y hundiéndose en la arena húmeda. Pero no acerté a hacerme la pregunta ¿por qué aquí?

—Bueno —exclamó Fendor alzando la voz—. ¿Y por qué aquí? ¡Que tu cabeza toda ella es como una madriguera llena de túneles y recovecos, y algunos de esos recovecos no han visto nunca la luz del sol!

Lurdun asintió.

—Para... alejarnos de casa —respondió inquieto. Y tan pronto la respuesta se abrió paso fuera de su boca, el corazón se le encogió en el pecho y la piel se le enfrió tan repentinamente que no pudo evitar estremecerse.

2

Las órdenes se extendían por la playa a voz en grito, y los hombres se miraban confusos. «Volvemos al hogar», eran las órdenes, y esas órdenes se tornaban en preguntas pronunciadas con gestos confundidos. «¿Volvemos al hogar?» se preguntaban los unos a los otros, pues casi nadie lograba entender el motivo del regreso sin que se hubiera celebrado batalla. Todo se retrasaba a medida que los hombres se interrogaban.

Después de un rato, sin embargo, acabó por comprenderse el problema. Los hombres y mujeres de Lastas y Malenas les habían tendido una trampa, y era posible que sus hogares estuvieran amenazados, y entonces se apresuraron y la playa se convirtió en un hervidero de piernas que empujaban barriles, apilaban fardos y retiraban trastos.

Nadie en Umbralía tenía demasiada experiencia en una guerra de esas dimensiones, una que hubiera movilizó a la práctica totalidad de los miembros de la aldea. A pesar de ello, todos y cada uno de aquellos hombres habían combatido en numerosas ocasiones a lo largo de su vida y habían dedicado gran parte de su tiempo en aprender a combatir y usar sus armas, y muchos de los recursos naturales que explotaban, como el vino, la cebada, el trigo y el pescado, los habían utilizado siempre para adquirir metales y armas. Motivo de ello era la configuración de la región, un damero dispar de aldeas y poblaciones cuyas fronteras eran zonas nubladas intermedias que unos decían que eran suyas y otros creían que les pertenecían a ellos, y cuyo equilibrio se resolvía siempre con peleas y pequeñas o grandes escaramuzas. Así, las aldeas cambiaban de rendir cuentas a uno u otro señor, aunque para el común de sus habitantes tales cosas no eran más importantes que intentar vaticinar el tiempo en los próximos días o semanas.

En los últimos tiempos, sin embargo, el ladino Salacio Mordaz había confabulado con las deshonorosas artes del engaño y la conspiración para procurarse el control de la región. Era capaz, y era inteligente por

añadidura, y era conoedor supino de las inquietudes del corazón y el pensamiento de todo hombre sobre el suelo, y sabía que apoderarse de todo era una mera cuestión de tiempo. En su imaginación se vislumbraba Salacio como señor absoluto de la región, en posición suficiente para poder tratar con los grandes señores de los feudos, señores como Bruiben Verdejo o aun con la señora de las Tierras del Quejo, Zalaca Hebras, Reina de Lobos; y se veía él sentado a la mesa de roble rojo con el rostro veteado por los destellos multicolor de las paredes de cristal del hogar de ella. Pues la cuestión era que, con Lastas y Malenas bajo su poder, Salacio había enviado mensajeros a Umbralia y requerido su rendición absoluta, el pago de un descabellado diezmo de compensación por la toma de posesión, la cesión de toda reserva y todo manso, doscientas cabezas de terneros y la misma cantidad de ovejas, y el Juramento de Lealtad a su Casa conforme a las leyes ancestrales de la región. Lurdun y otros hombres del Consejo ni siquiera habían respondido; demasiado bien sabían que esas condiciones no se podían cumplir. Era, sencillamente, una declaración de guerra.

Salacio había designado el lugar donde los ejércitos darían fin a la contienda, declarando un ganador, y ese lugar había sido la playa. Mas ahora los hombres daban alas a sus pies para regresar al hogar, situado a medio día de camino, con el corazón enfermo de miedo y los labios apretados por el temor de que sus familias pudieran haber sufrido el ataque del enemigo.

Mas cuando los hombres se afanaban por disponerlo todo, alguien señaló la almenara del risco y bramó con toda la fuerza que le permitían sus pulmones:

—¡La almenara! —gritó—. ¡La almenara está en llamas!

Hasta cinco hombres montaron en sus caballos y se apresuraron a ascender por el monte hasta el risco para recibir noticia de qué se veía, aunque ya un emisario descendía de allí con el rostro contraído por el miedo. El sonido de las espadas y los espadones y el crujir trepidante de los escudos de madera tachonados con hierro se levantó por todo el campamento mientras los hombres gritaban: «¡A la guerra! ¡La guerra acude!», y eran en verdad voces aliviadas, pues era posible que sus familias y sus tierras estuvieran, después de todo, a salvo.

—¡Mil estrellas descendan del firmamento y coronen mi testaruda cabeza! —exclamó Fendor entre las voces de los hombres—. ¡Pues

la almenara arde, finalmente! ¡Acaso estábamos equivocados y Salacio acude al combate como había dicho!

—Pues no te diré yo ni que sí ni que no —susurró Lurdun con el ceño fruncido—. Que aún no sabemos qué pasa.

—¡Y por qué otro motivo iba a encenderse la almenara, Lurdun testarudo! —protestó Fendor.

—Pues eso hemos de ver —fue la respuesta.

Y mientras eso ocurría, los jinetes y el emisario se reunieron a mitad de camino e intercambiaron unas pocas palabras, mas de lo que dijeron no pudieron oír nada debido a la distancia, y luego bajaron todos a la vez hacia el campamento, donde un gran número de hombres esperaban ansiosos.

—¿Qué ocurre? —clamaba alguien.

—¿Avanza ya el enemigo hacia nosotros? —preguntaban otros.

—¿Es la hora de la guerra?

Tanto Lurdun como Fendor avanzaron entre la multitud dando codazos.

—¡Petegard el Joven! —exclamó Lurdun—. ¡Habla ahora! Pues... ¿qué habéis divisado desde el risco y sobre la almenara?

Petegard resolló brevemente antes de responder.

—¡Escuchad! —dijo—. ¡Que no hemos visto nada por el este, ni tampoco por septentrión o meridión! Pues lo que hemos visto es un barco que llega desde occidente cruzando el mar!

Un murmullo creciente de sorpresa y asombro creció entre los congregados, y uno a uno fueron alzando sus voces con preguntas.

—¡Silencio! —exclamó Lurdun—. ¡Silencio os digo! Pues... ¿qué misterio es ese de un barco? —Y repitió—: ¿Un barco, dices? ¡Si ni Lastas ni Malenas cuentan con barco alguno, aunque sea pequeño y de río, que jamás vi yo bote alguno ni siquiera en el Rentaguas, por caudaloso y traicionero!

—¡Un navío grande como no lo he visto en estas costas! —aseveró Petegard.

—Pues dejad los caballos ahora —dijo Fendor—, que esto lo hemos de ver con nuestros propios ojos.

Fueron Lurdun y Fendor al galope ascendiendo por el camino acompañados de tres hombres que marchaban junto a ellos, y mientras subían iba Lurdun mirando hacia el mar, y cuando hubieron remontado un trecho pudo ver con sus propios ojos la forma difusa del

navío que Petegard había mencionado, mas aún estaba a cierta distancia y no pudo decir siquiera si llevaba bandera alguna; y cuando llegaron arriba y miraron, tampoco pudieron decir gran cosa de él.

—¡Que me cuezan los dedos y se los sirvan a los perros! —soltó Fendor—. Es negro el navío.

—Negro, sí —susurró Lurdun, pensativo—. Y grande, por añadidura.

—Grande es. ¡Cien hombres y treinta caballos entran ahí con soltura! —valoró Fendor mientras inclinaba la cabeza.

—Pues... ¿será esto alguna artimaña de Salacio el mentiroso?

Fendor negó con vehemencia.

—No lo creo, viejo amigo —dijo—. ¡Pues que me salten los ojos si ese no es un navío de gran presencia! Un buque digno de un rey, si alguna vez he visto alguno. Ni en sus sueños más febriles imaginaría Salacio la víbora un calzado como ese para sus pezuñas.

Lurdun sonrió brevemente y luego asintió.

—No te falta bigote, y razón aún menos. Mas dime de una vez cómo colocamos ese barco en el lío que nos traemos entre manos. Porque un rato llevo observando y ese navío no pasa por casualidad por nuestra línea de costa, sino que avanza decidido hacia la playa.

—Que un ave de carroña descienda sobre mi cabeza y haga de mi testa su nido —barbotó Fendor poniendo una mano sobre los ojos, pues allí, en la altura del risco, empezaba a lucir un sol tímido y frío de primera hora de la mañana—. Que también tú tienes razón.

—Y lo lamento —susurró Lurdun—. Que aunque otras veces he buscado tener razón, mucho me gustaría equivocarme aquí y ahora.

—No creo yo en las casualidades, viejo —opinó Fendor—. Que digo que si ese buque va hacia la playa, con la playa y con lo que allí se trata tiene que ver.

Lurdun asintió con gravedad.

—Pues opino lo mismo. Ahora bien —siguió diciendo Lurdun—, si son amigos o enemigos está por ver.

Se dio la vuelta y miró a los hombres que los habían acompañado.

—Bajad a la playa e informad al resto —dijo—. Que buque es, como decía Petegard, y que viene hacia nosotros. Que se preparen para lo que haya de venir, sea lo que sea.

Después de eso, y sumidos ya en sus reflexiones personales, continuaron mirando hacia el horizonte con el gesto torcido. No ayudaba,

por cierto, la bruma baja y pesada que cabalgaba sobre las olas, pues ocultaba a ratos la silueta del buque, y aunque ambos eran adultos con casi cuatro centenares de lunas a sus espaldas y la decadencia propia de la edad se iba notando en sus cuerpos, contaban aún con una vista sagaz y aguda, y a medida que el barco se acercaba, iban desgranando más y más detalles.

Repentinamente, Lurdun sacudió la cabeza, pestañeó y se inclinó hacia delante, adelantando la cabeza sobre los hombros, y tanto avanzó hacia el borde del risco que pensó su amigo que, llevado por la desesperanza, iba a lanzarse por él.

—No lo creo... —susurró—. Mis ojos me engañan...

—¿Qué dices? —exclamó Fendor, visiblemente preocupado—. ¿Qué otra cosa has visto?

—No otra cosa —explicó Lurdun—, sino la misma... ¡Pero dime si no me equivoco! ¡Dime qué ves en sus negras velas!

—¿Pues qué ves tú en ellas? te pregunto de una vez por todas, ¡que tengo el cuerpo tan en vilo que podrías usarlo como pedernal!

—¡El símbolo! —gritó ahora Lurdun mientras señalaba con el brazo extendido—. ¡El símbolo que lucen las velas!

Fendor miró, aún sin comprender. Mas cuanto más miraba, más parecía entender lo que sus ojos veían, y vio un puño blanco pintado sobre la vela, extendido hacia lo alto, con una trenza como de espinos con rayos solares sinuosos y trazados con rasgos toscos. El conjunto de ese trabajo de pintura, sin embargo, era armonioso si no fuera por lo que representaba.

Pues el símbolo y lo que representaba todo el mundo en la tierra de Miriks lo conocía, e incluso más allá de Miriks, donde las tierras a las que llamaban Baldías estaban afectas por un mal antiguo que mataba a hombres y mujeres con solo respirar, y no había allí animales de los comunes sino otros, hostiles y depravados, que no servían para alimentarse ni daban leche o alguna otra cosa; incluso allí se conocía el símbolo, aun cuando fueran muy pocos los que habían llegado a verlo con los ojos propios y vivieron para contarlo después.

—El puño blanco bajo los rayos del día... —graznó Fendor con la voz encogida en su cuerpo ancho y fuerte.

—Pero cómo... qué... —balbuceó Lurdun, incapaz de comprender.

Y de repente, coincidiendo con el vuelo rasante de una gaviota que se acercó allí por si hubiera, tal vez, alguna cosa que comer, Lurdun vio

la escultura en madera del puño en la proa, y las amuras dentadas como gigantescos huesos negros, y ahí no tuvo él ninguna duda de que lo que veía era lo que pensaba.

Y tragó saliva y exclamó con voz ronca:

—Los Necronautas.

3

Lurdun y Fendor llegaron a la vez a la playa, galopando sobre sus monturas. Tanto los azuzaban con las botas en los ijares que los caballos cabalgaban con los ojos muy abiertos y relinchando como protesta. Y mientras llegaban, gritaron dando aviso tanto como pudieron.

—¡Necronautas! —decían—. ¡Llegan los Necronautas!

Los hombres parecieron congelarse allí donde estaban. Demasiado bien conocían esa palabra y lo que significaba, pues hasta a los niños más pequeños que aún se agarraban a los pechos de sus madres se les hablaba de los Necronautas, y más cierto que el cielo se sostenía sobre toda montaña era el hecho de que nadie, en toda tierra pisada por hombre o mujer, ignoraba las leyendas que se contaban sobre ellos.

Cuáles eran sus tierras o qué partes del mundo eran su hogar, se desconocía, si acaso había alguna. De los Necronautas se sabía que iban y venían en un barco negro de increíbles proporciones, sesenta y cinco brazos de eslora al decir de algunos, aunque otros hablaban de ciento cincuenta brazos, y veinte de manga. Su capacidad sin embargo era muy superior a la estimada por Fendor: casi dos mil pasajeros cabían en él, y más de treinta caballos en sus establos, y poseía además un prodigioso contenedor de agua potable con capacidad para ochenta veces ochenta ánforas de gran tamaño. Construido con abetos, pinos y robles, el navío, que entre los Necronautas era conocido como el *Nessentia* o Madre, según su credo, había requerido más cáñamo y alquitrán del que se hubiera visto en un solo lugar por nadie que aún estuviera vivo; el equivalente al necesario para la construcción de cientos de navíos de cualquier otra clase. Pues ese era, y no otro, el hogar de los Necronautas, su ciudad sobre las aguas, el lugar que vislumbraban cuando cerraban los ojos y soñaban con el remanso y la paz, y aunque a veces desembarcaban en ciertas islas que solo ellos conocían y tenían en ellas construcciones y almacenes secretos, pasaban la mayor parte de

su tiempo sobre el buque y entre las olas, pues sus vidas estaban ligadas a los océanos y su credo hablaba de profundidades marinas y de poderes subacuáticos ancestrales que eran principio y final de toda vida y toda muerte.

Lo que hacía que su sola mención helara el corazón y el cuerpo entero de cualquiera que los viera aparecer era el hecho inequívoco de que los Necronautas eran invictos. Nadie había vencido jamás a los Necronautas en batalla, ni se conocía a nadie que osara jactarse de ello por el mero temor de que la mentira llegara a sus oídos y acudieran a rebatirla. Mas los Necronautas no luchaban por mor de su credo o por cuestión política alguna que les interesara, que lo que ocurría en tierra en el mundo no era de su incumbencia. Los Necronautas luchaban porque la batalla era su modo de vida, y luchaban en el bando de cualquiera que pudiera pagar su precio. Eran, sencillamente, mercenarios.

Mientras las voces y los lamentos y la desesperanza se extendían por el campamento, Lurdun le daba vueltas a ello. ¿Qué hacían allí los Necronautas? Ese pensamiento lo obsesionaba, mas por mucho que pensara no terminaba de encontrar solución alguna. Se decía que su pago era una cantidad desorbitada, tan desmesurada que solamente los señores más poderosos podían permitirse; así que la idea de que Salacio el mezquino, el cobarde y ruin tahúr hubiera podido acercarse al coste de contratar a los Necronautas para luchar a su lado le parecía... absurdo. Imposible.

—No... No puede ser —se repetía una y otra vez mientras los hombres corrían y se gritaban órdenes contradictorias, sin sentido ni autoridad alguna. Miraba a un hombre joven llamado Durlan Vesta, que no tendría por cierto la mitad de su edad, dejando caer su arma sobre el suelo blando y llenando su boca de granos de arena, mostrando así su repulsa a continuar viviendo. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Lurdun Bavastro! —llamó alguien a su lado.

Lurdun miró. Era Senepia Lucerna, la Primera Herbolaria de entre los suyos, encargada de administrar curación a los heridos. Senepia se había ganado el respeto de Lurdun porque era sesuda y cabal (características muy propias de las herbolarias), mucho más de lo que solían ser sus hombres, más acostumbrados quizá a entrenar los músculos que sus entendederas.

—¿Qué se dice por aquí? ¿Es cierto lo que dicen los hombres?

—Me temo que así es —respondió Lurdun con aire distraído, pues seguía pensando en el motivo por el que los Necronautas pudieran estar acercándose a la playa.

—No lo entiendo —exclamó ella—. ¡Dime qué asuntos tienen que tratar aquí esos prodigios de la guerra! ¡Si hasta cien cabras con los cuernos en llamas podrían hacer que los nuestros sufrieran graves bajas!

En otras circunstancias, Lurdun se habría reído, pero se limitó a sacudir la cabeza con gesto afligido.

—Es lo que trato de cavilar yo —dijo al fin—. Pues en esto me puedes quizá ayudar, Senepia. ¿Qué sentido tiene que los Necronautas tengan como su destino nuestra playa? Nuestra playa en la que solo se ha pescado y reído y festejado y entrenado en calma desde tiempos inmemoriales...

Senepia, alta y espigada y de pelo brillante como el oro viejo como casi todos los hijos de aquellas tierras, torció el gesto.

—Pues esperaba que tú me lo explicaras. ¿Estás seguro de que este es su rumbo?

—Seguro sí estoy —asintió Lurdun—. A menos que en viniendo hacia aquí viren y vayan en alguna otra dirección...

—No tendría sentido tampoco —exclamó Senepia. Se quedó mirando una de las bolsas de hierbas que llevaba atada a su cinto, como parte de los preparativos para la guerra; algunos de los muchos remedios con los que tendría que tratar a los heridos—. ¡Necronautas en Umbralía!

—¿Crees que Salacio puede haberlos hecho llamar?

Senepia dejó escapar una especie de graznido y escupió en la arena cuanto había en su boca.

—No me hagas reír —soltó—. Esa hiena delirante no podría encontrar siquiera el paradero de esos seres inmortales, señores de la guerra, aunque le pintaras un mapa en toda la grasa de su trasero.

Lurdun asintió.

—¿Quizá es una casualidad? —preguntó entonces.

—¡Ya he dicho lo que pienso yo de eso! —dijo Fendor acercándose a ellos. Venía pasándose una mano sobre el puño cerrado de la otra, como si hubiera tenido que calmar a alguno de los hombres a la manera de ellos, con un puñetazo—. No creo en casualidades. Si me dices que mire al cielo y veo pasar dos nubes iguales, diré: ¡Algo trama el cielo, que teje engaños a nuestros ojos!

—Pues entonces... ¿qué haremos? —quiso saber Senepia.

—Los hombres ya han decidido, parece —dijo Fendor—. ¡Ninguno atiende a razones!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lurdun.

Fendor señaló con el brazo, y cuando miraron, vieron a varios hombres salir de la playa y empezar a correr por la hierba rala y tupida hacia el interior del valle. Ni siquiera llevaban armas, o macuto alguno, seguramente para poder correr más rápido.

—Mil millones de moscas aposentadas en una sola bosta de vaca —escupió Lurdun—. ¡Huyen!

—He estado convenciendo a algunos de que se queden —dijo Fendor levantando el puño—, pero me temo que es cosa perdida. Nadie aquí quiere morir, Lurdun, y aunque esos hombres son en verdad valientes y hubieran intentado vencer ante las huestes de Salacio, demasiado bien saben que nada tienen que hacer ante los Necronautas.

—Y tienen razón —añadió Senepia—. Si es cierto lo que se dice.

—Cierto es —asintió Lurdun—. Cierto es, me temo yo.

—Pues... ¿qué hacemos?

Lurdun pensó unos instantes. Mas de tanto cavilar empezaban a dolerle las sienes como si fueran a explotarle, y compuso una mueca de fastidio.

—Déjalos ir —susurró despacio al fin—. Que no hemos traído aquí a amigos y vecinos para ver cómo caen y perder todo lo que tenemos, sino a tener una oportunidad, y luchar con dignidad por la posibilidad de la victoria.

Senepia asintió.

—Y tú, Senepia, llévate lejos a las mujeres que han venido a ayudar con las cuestiones de las heridas. Regresad al hogar y avisad a todos.

—¿Adónde iremos si cuando lleguemos todo sigue como cuando nos fuimos? —preguntó.

—A las montañas —dijo—. A septentrión. Intentad llegar a Moranda del Cueste, que Salvero Estelia escuchará vuestra petición de cobijo. Mas menciona solamente a Salacio, que si sospecha que los Necronautas están metidos en nuestros asuntos, cerrará el muro y prenderá fuego al camino con tal de que no paséis.

—Y no lo señalaría con el dedo —recalcó Fendor.

—Y tú y yo..., amigo... —añadió Lurdun—, ... nos quedaremos aquí en la playa.

—¿Lucharemos?

Lurdun negó con la cabeza.

—Sabes que no conseguiríamos nada. Y así como no me lanzo por el risco para averiguar si puedo volar, pues sé que no puedo, no me trabaré en batalla con ellos, pues ganarlos no entra en lo posible.

—¿Entonces?

Un puñado de hombres pasaron corriendo a su lado en dirección al valle, ataviados con premura y terror. Llevaban entre todos unos fardos con quesos y salazones, seguramente para el camino de vuelta. Lurdun los conocía bien, por descontado. Se había criado con todos ellos; con Ezno Titergal, que era, además de buen luchador, un cazador consumado con un instinto sobrenatural para adelantarse a los animales, con Niapa Meru, con Giles Modrino. Buenos hombres, sin duda, pero también hombres con familia.

—Entonces... nos quedaremos y esperaremos, que a la velocidad que lleva el buque no esperaremos demasiado, y en tanto lleguen sabremos si los Necronautas tienen asuntos con nosotros o están aquí por otra cosa. Y si es cuestión otra y no es asunto nuestro, tal vez veamos caer la noche hoy.

Fendor asintió.